

podía salir de los labios de la criatura mas santa de la tierra. Hubiera pues tenido que confesar la verdad, y entonces escandalizados los judíos la habrían llamado blasfema, y tal vez hubiesen querido que muriese apedreada. Todo lo evitó el Santo José con su discrecion y prudencia. El desear hacer públicos sus honores y dignidades quédese en buen hora para aquellos que aspiran á las alabanzas del mundo. María era una mujer singular y le correspondia un esposo extraordinario: José lo fué, y en tal grado, que lejos de pensar en su propia honra, se ocupa tan sólo en bendecir á Dios y ofrecerle homenajes de la mas sincera gratitud, por haberle escogido para compañero y esposo de la criatura mas santa de la tierra, y para jefe y cabeza de la familia del Salvador del mundo, honra de la que no se creía digno, y á la que habia sido elevado por la soberana disposicion del Dios que dispone segun place á su santísima voluntad, de la suerte y destino de las criaturas todas.

#### CAPITULO IV.

Del viaje que en virtud del decreto de César Augusto para que se verificase un empadronamiento general, hicieron los Santos Esposos desde Nazareth á Belen, donde por no encontrar hospitalidad tuvieron que albergarse en una miserable gruta.

Reflexionando un escritor, por cierto algo preocupado contra el catolicismo, sobre el exacto cumplimiento que tuvieron las Profecias del Testamento antiguo en la Persona de Jesucristo, dice que nuestra religion tiene una ventaja de la que ninguna otra puede gloriarse, y es el haber sido anunciada muchos siglos antes de su manifestacion, por testimonios que conserva aun otra religion, su mas cruel enemiga <sup>1</sup>. Y en efecto, la Providencia sabia en sus designios dispuso que los Profetas, preparando el mundo para la venida del Mesias, sosteniendo la esperanza de los justos y Patriarcas, no solamente anunciasen el tiempo en que habia de realizarse tan importante acontecimiento, y los caracteres de que habia de estar adornado el divino Reparador, sino hasta el lugar en que habia de verificarse su nacimiento. Asi pues, si Isaias despues de haber declarado el gran prodigio de la fecundidad de una Virgen, quiere llamar las atenciones hácia el nacimiento del Salvador, lo declara tan claramente como se ve por estas palabras. «Nos ha NACIDO UN NIÑO y un hijo se nos ha dado, y el principado ha sido puesto sobre sus hombros, y será llamado su nombre, ad-

<sup>1</sup> *Essai de philosophie morale*, por Maupertuis, cap. VIII.

mirable, consejero, Dios, fuerte, padre del siglo venidero, príncipe de paz. Se extenderá su imperio y la paz no tendrá fin: se sentará sobre el s<sup>o</sup>lío de David, y sobre su reino: para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre <sup>1</sup>. El tiempo en que esto habia de suceder lo declara Daniel en la célebre Profecía de las setenta semanas: «Se han abreviado, dice, setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y vendrá la justicia perdurable, y se cumplirá la vision y la profecía, y será ungido el Santo de los Santos. Sabe pues y nota atentamente: Desde la salida de la palabra para que Jerusalem sea otra vez reedificada hasta el Cristo príncipe, pasarán siete semanas, y sesenta y dos semanas, y será nuevamente edificada la plaza. Y despues de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo y no será mas suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y su fin será la devastacion, y acabada la guerra vendrá la desolacion decretada. Y el Cristo afirmará su alianza, y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio, y será en el templo la abominacion de la desolacion, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin <sup>2</sup>. » Magnífica profecía, cuyo cumplimiento se verificó indudablemente por el tiempo en que apareció sobre la tierra el Sol brillante de justicia que vino á disipar las tinieblas de la ignorancia y de la idolatría. Algunos han formado cuestiones sobre el tiempo en que deben empezarse á contar las setenta semanas, como asimismo sobre la época en que el cetro salió de Judá; pero nada importan estas ideas sobre incidentes, pues está fuera de toda duda

<sup>1</sup> Isai. cap. IX.

<sup>2</sup> Daniel. IX. 24-27.

que faltó el cetro de Judá, en la misma época, en el mismo siglo en que Jesucristo apareció en el mundo. Con la muerte de Antígono que acabó su vida en un patíbulo, merced á las pérfidas maquinaciones de Herodes, quien para este efecto se habia puesto de acuerdo con Marco Antonio, pereció el último descendiente de los Macabeos, concluyendo la dominacion de los Asmoneos, que duró 126 años segun un escritor antiguo <sup>1</sup>. Estos grandes trastornos ocurridos en el pueblo judío, permitiólos Dios para que tuviesen cumplimiento las profecías, pues que Herodes que entró á ocupar el trono, y á quien hasta los atenienses dieron el nombre de *Grande* era de origen Idumeo: luego faltó el cetro de Judá 37 años antes de la venida de Jesucristo. A Miqueas tocó el señalar el lugar donde habia de verificarse el nacimiento del Salvador, y lo hizo por estas palabras: *Y tú Bethlem Ephrata, pequeña eres entre los millares de Judá: de tí me saldrá el que sea dominador en Israel, y la salida de él desde el principio, desde los dias de la eternidad* <sup>2</sup>.

Para que el vaticinio de Miqueas se verificase, era necesario que María dejase á Nazareth, y se dirigiese á Belen, y la Providencia dispuso los sucesos con un orden admirable, haciendo que César Augusto decretase un empadronamiento general, en virtud del cual se obligaba á todos los súbditos del Imperio á acudir á la ciudad de donde descendian para inscribirse en el registro. Veamos como el Evangelio nos da cuenta de este suceso. « En aquellos dias, salió un edicto de César Augusto para que fuese empadronado todo el mundo. Este primer empadronamiento fué hecho por Quirino, gobernador de Siria. Y como todos iban á

<sup>1</sup> Josefo. *Antiq.* lib. XIV, cap. 28.

<sup>2</sup> Mich. V, 2.

»empadronarse á la ciudad de donde cada uno descendia, »José, que era de la casa y familia de David, subió desde »Nazareth, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Belen, en la Judea, para empadronarse con María su »esposa que estaba en cinta <sup>1</sup>. » Reproduciremos las curiosas noticias que sobre este empadronamiento general, presentamos en nuestra primitiva *Historia de la Virgen*, y que tomamos del erudito escritor Martinez Plaza, en su *Historia de la vida de Nuestro Señor Jesucristo*. « Los gobernadores romanos, fueron los encargados de hacer ejecutar el edicto imperial, cada uno en su distrito, y asegura Tertuliano que este fué el caso en que se halló con respecto á la Siria Sesto Saturnino, que era su presidente. Este empezó desde luego por la Fenicia y la Cele-Siria, ricas y populosas comarcas, que exigian un largo y minucioso trabajo. Despues de haber cumplido con las órdenes de César en la provincia romana, como tambien en los reinos y tetrarquías que de ella dependian, tres años despues de la fecha del decreto, se llegó en fin á Belen, precisamente en la época memorable del nacimiento del Salvador. Conquistada la Siria y reducida á provincia romana por Pompeyo, abrasaba en su vasta estension muchos estados, reinos y tetrarquías; la Siria propiamente dicha, la Cele-Siria, la Fenicia y la Judea, que fueron gobernadas por un prefecto ó presidente nombrado por Augusto. Además de la grande estension del pais, envolvia su descripcion otras gravísimas dificultades políticas á causa de los príncipes soberanos que ejercian el sumo imperio en varios estados, como Herodes en Judea. Augusto para vencerlas, despues de órdenes comunicadas á los emperadores y gobernadores inferiores de los diferentes

<sup>1</sup> Luc. II, 1-5.

distritos, nombró un legado ó presidente extraordinario, varon de su confianza, respetable y capaz de llevar á cabo estas operaciones, sin comprometer el honor ni ofender los derechos de los respectivos soberanos. Este fué Sulpicius Quirinius, que San Lucas, siguiendo la pronunciacion griega llama Cyrinus ó Cyrenius, de quien dice el historiador Josefo que subió por sus relevantes méritos y servicios hasta el honor del consulado, y que fué tambien nombrado por César posteriormente para ejecutar el censo del año 14 de nuestra era, despues de la deposicion de Arquelao. » Hasta aqui el citado escritor. Consignadas estas noticias históricas, fijemos la atencion en nuestro asunto. Dios impulsó á César Augusto á publicar el edicto del empadronamiento para el cumplimiento de sus altísimos designios. La profecía de Miqueas, anunciaba como antes hemos visto, que el nacimiento del Mesias se verificaria en Belen, y el edicto de Augusto hace que José y María se resuelvan á partir de Nazareth, pues que fieles los judíos á una antigua costumbre se hacian inscribir por familias y por tribus, y como David hubiese nacido en Belen, sus descendientes miraban esta ciudad como su pais natal y allí acudieron para que fuesen inscritos sus nombres segun la orden de Augusto.

José y María como descendientes de David, se dispusieron á partir para Belen. La Santísima Virgen habia entrado en el noveno mes de su embarazo y por esta causa el viaje debia serle molestísimo: empero la que escedia en obediencia á Abraham, no titubea en dar cumplimiento al mandato del Soberano: el estado en que se hallaba, podia haberle servido de excusa, y José podia haberla representado para el efecto del empadronamiento, pero ella no creia cumplir de este modo, y con prontitud emprende su marcha al lado de su esposo. Cinco dias duró este viaje: tal vez

durante ellos verian atravesar por el camino lujosas cabalgatas de familias á las que un viaje hecho con sobra de comodidades servia de recreo: entre tanto María y José en los que no pararia mientes la multitud alegre y bulliciosa caminaban con despacio; sus provisiones eran bien escasas, y eso que llevaban en su compañía aunque oculto en el seno de María, el que mas tarde habia de saciar una multitud hambrienta, multiplicando milagrosamente los panes y los peces. Era la entrada del invierno: el viento silbaba, y ponía en movimiento las ramas de los árboles que formaban esa especie de ruido que si bien no puede llamar la atención en el discurso del día, es imponente en las altas horas de la noche: tal vez cubierto el cielo de opacas nubes amenazara con una abundante lluvia, al par que la intensidad del frío dejariase sentir de un modo notable. Los humildes descendientes de David, María y José caminaban en silencio; el santo Patriarca embebido en profundas meditaciones guiaba al jumento que conducia á su bella Esposa. Esta por su parte no exhalaba la mas mínima queja, ni dejaba escuchar un suspiro que denotara aflicción ni fastidio: jóven y delicada, era la mujer fuerte por excelencia. Verdad es que á las incomodidades del viaje se agregaban las propias de su embarazo, pero la obediencia la guiaba y ella encontraba su mayor delicia en obedecer. Durante aquel viaje se alimentarian con frutas secas, y tal vez con los dátiles de las hermosas palmeras del Oriente. El descanso lo tomarian sobre algunas piedras del camino ó al borde de alguna fuente. Los coloquios del Santo Matrimonio podemos creer que versarian sobre los oráculos de los Profetas, y el cumplimiento de los vaticinios. ¿Comprenderia María en aquella ocasion los designios de la Providencia en ordenar aquel viaje? ¡ Ah! Que instruida como lo estaba en las sa-

gradas Escrituras no dejaria de recordar la Profecía de Miqueas de la que ya nos hemos ocupado y que designaba á Belen como lugar á donde habia de verificarse el nacimiento del Mesías. ¡ Oh! Si los hombres que se resisten á toda autoridad y que engreidos por un desmedido amor propio, no conocen mas ley que su voluntad, fijasen su vista en el cuadro que nos presenta esta familia santa en su viaje á Belen; si estudiasen la lección que dan al mundo, no solamente María, la criatura mas colmada de gracias que ha existido sobre la tierra, y el santo Patriarca su esposo, sino el mismo Dios que hecho hombre reposaba en el seno de su Madre, sujetándose á la voluntad de un monarca, y eso que era idólatra y por consiguiente enemigo de Dios, de seguro se avergonzarian de su proceder y aprenderian á respetar el principio de autoridad. La soberbia fué el origen de la desgracia de la humanidad: no contento el hombre con el estado feliz en el que era rey de la naturaleza, por voluntad del que le habia formado á su imájen y semejanza, aspiró abrogarse los derechos mismos de la Divinidad, pretendiendo ser semejante á Dios. Por esto el mismo Dios que se hace hombre para salvar al hombre, aun antes de nacer segun la carne, se humilla y da al mundo la mas sublime lección de humildad y de obediencia, como que mas tarde cuando desempeñara su altísima misión de enseñar á los hombres con su celestial doctrina, habia de decirles como maestro soberano del mundo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.» Sigamos nuestra narración, y aun tendremos mas que aprender en la acogida que de los belenitas tuvo la santa familia.

Un viaje de cinco dias, produjo necesariamente cansancio y fatiga á los santos viajeros: pero es indudable que la vista del punto á donde el caminante se dirige, y mas

si el viaje ha sido áspero y molesto, hace renacer la alegría en el corazón. Así les sucedería al matrimonio modelo al divisar á Belén, ciudad para ellos de gratos recuerdos por ser la patria de sus mayores: aquella ciudad, pequeña entonces pero cuya celebridad había de durar tanto como el mundo, por el grande acontecimiento que en ella había de verificarse, se elevaba sobre una eminencia y se hallaba rodeada de colinas: el pintoresco aspecto que presentaba apareció á la vista de los pobres viajeros, que llenos de fatiga creían encontrar un albergue donde proporcionar un poco de descanso á sus cuerpos. Empero la bendita Virgen que un día había de ver al fruto de sus entrañas hecho el objeto de las burlas y desprecios del pueblo que venía á salvar, iba ahora á experimentar por sí misma el desprecio de aquella ciudad avara á inhospitalaria. José se adelantó con el objeto de buscar una posada, donde pudieran hospedarse: no buscaba comodidades de las que solo puede rodearse el que posee bienes de fortuna: demandaba tan solamente una pobre techumbre debajo de la cual pudiesen descansar y guarecerse del frío en la estación mas rigurosa: pero en vano buscó este asilo: «Fuera del recinto de la ciudad, dice el poético historiador de María, elevábase un edificio de forma cuadrada, cuyas blancas paredes se destacaban del verde claro de los olivos que cubrían la colina: hubiéranle tomado por un grande parador de la Persia. Al través de su grande puerta veíanse ir y venir dentro de su vasto patio una multitud de esclavos y criados: era una posada: José se dirigió por este lado, esperando llegar á tiempo de alcanzar uno de sus pequeños aposentos que pertenecían de derecho al primero que llegaba y que á nadie se rehusaba; pero la posada rebosaba de mercaderes y de viajeros, no quedaba un lugar; tal vez á precio de oro hubiérase hallado

alguno porque el mesonero era *judío* y judío de Belén; pero José carecía de oro.»

Aflijido y lleno de desconsuelo, no por sí, sino por no poder proporcionar lugar de descanso á su esposa, volvióse José á donde aquella llena de paciencia le aguardaba, y le dió cuenta de lo ocurrido. María vé en todo la voluntad divina y se resigna gustosa. Ambos esposos divagan por las calles de aquel pueblo que ignoraba había entrado por sus puertas la salud del mundo. Tal vez el bendito Patriarca en su anhelo por proporcionar lugar de reposo á María se acercaría á otras casas; pero lo cierto es que todas las puertas permanecieron cerradas, y no hubo ni un solo belenita que compadecido de aquella bellísima Nazarena estendiese hácia ella una mano benéfica. De este modo elevó el Señor la pobreza á la mayor gloria enseñando al mundo con el ejemplo de esta santísima familia á resignarse en la adversidad y en los trabajos. ¡Libro elocuente en cuyas doradas páginas debe leer el cristiano, principalmente en el día de la humillación y los padecimientos! El Verbo humanado oculto en el seno materno, demanda por boca de su padre representativo un albergue *por amor de Dios*, pero estas palabras no ablandan la dureza de los metalizados corazones de los habitantes de Belén, cuya primera divinidad era el oro. ¿Y que harán en este caso los santos esposos? ¿Qué partido tomarán á vista de tal repulsa? no lejos de la ciudad ingrata é inhospitalaria existía una cueva ó caverna escabada en una roca, que servía de establo comun á los belenitas y donde tal vez se retiraban los pastores para guarecerse del frío en las noches mas tempestuosas. María y José que se retiraban de Belén, llenos de confianza en la Providencia, fijaron su vista en aquella gruta, y bendijeron á Dios que por fin se dignaba depararles aquel pobre asilo. En él

iba á verificarse el acontecimiento grande á todas luces que tan repetidamente habia sido anunciado por los Profetas, y por cuya realizacion tantos votos se habian dirigido al cielo. Los trabajos del viaje de que nos hemos ocupado iban á ser recompensados con dichas inestimables.

¡Qué admirable es la economía de la Providencia! Dios dispone las cosas de modo que María y José salgan de Nazaret y se dirijan á Belen, donde eran poco conocidos, y haciendo que no encuentren donde hospedarse, los dirige á la pobre gruta, donde si bien el Salvador de la humanidad va á nacer en la mayor pobreza para que el mundo conozca que es hombre verdadero, hará que los ángeles entonen sonoros himnos, y que los reyes se postren ante su presencia, para que conozcan tambien que es verdadero Dios.

## CAPITULO V.

### Del Nacimiento del Hijo de Dios.

Al proponernos narrar el grande acontecimiento que va á ser objeto del presente capítulo, nos creemos en el deber de hacer un llamamiento á los que sufren el rigor de la adversidad, y que tal vez descontentos de su suerte, miran con envidia á los que albergados bajo las doradas techumbres de suntuosos palacios, viven rodeados de bienes de fortuna, halagados por una posicion brillante, y deslumbrados por el fausto y la grandeza de que se ven rodeados. Si el hombre hubiera nacido para no morir jamás, ó si las dos partes que constituyen su sér estuviesen sujetas á descomposicion, es decir, si el alma concluyese al dejar de existir el cuerpo, siendo como este encerrada en el sarcófago, se comprende que aspirase á la grandeza mundana y que no encontrase mayor dicha ni mas positiva felicidad, que el acercar á sus lábios la copa del deleite. Asi el materialista que nada ve al otro lado de la tumba esclama «comamos y bebamos, porque mañana moriremos<sup>1</sup>.» Por el contrario, el hombre que haciendo un uso recto de su razon, y prestando oido atento á la voz de la revelacion divina, comprende que la vida presente es transitoria, y que solo puede ser considerada como un preludio ó senda para entrar en otra vida cuya duracion será eterna, ni forma ídolos de oro, ni

<sup>1</sup> Comedamus et bibamus: cras enim moriemur. Isai. cap XXII, v. 13.